

mas de tarde en tarde. Es probable, sin embargo, que deberá resignarse á oírle llorar, pero es preciso que tenga valor para no darle el pecho; porque importa sobremanera principiar por destetarle de noche. Si llora mucho, le presentará su madre un poco de agua azucarada que tal vez rechace, segun su capricho; pero que el cansancio, el fastidio, la inutilidad de sus gritos y la necesidad de descansar le rendirán y al fin volverá á dormirse. Si la madre se mantiene firme, á la cuarta noche no volverá el niño á pedir el pecho; pero no todas las madres tienen la paciencia y perseverancia necesaria para obtener por sí mismas este resultado, que sin embargo seria infinitamente preferible. Una madre debe hacer todos los esfuerzos posibles para no apartarse de su hijo, sobre todo, cuando éste deba padecer; pero en fin, si no se siente con valor para oírle llorar, será preciso que tome un partido decisivo, que se separe de su hijo por unas noches. Algunas veces cuesta trabajo conseguir que el niño olvide lo que se le quiere hacer olvidar, el cambio de habitacion, y la privacion de la vista y de las caricias de su madre; y generalmente pasa muchas noches con el sentimiento de la doble privacion que se le impone, y está cansado con aquel estado de sentimiento y de continua agitacion. Verdad es que esto dura poco y todo queda indemnizado con los beneficios que el niño y la madre sacan del destete de noche. Un niño de dos á tres meses, segun su fuerza, puede mamar á las diez de la noche y esperar hasta las cinco de la mañana. Luego que esté destetado y bueno, él mismo alejará el término, porque no se despertará,

El pecho que toma un niño por la mañana despues que está destetado es el mejor del día, por la amplia provision de excelente leche bien elaborada que encuentra; y habiendo descansado convenientemente, la madre está en mejor estado de ser nodriza.

Cuando los niños están en la denticion, tienen el sueño muchas veces turbado por el dolor ó la inquietud nerviosa que experimentan, y aunque estén completamente destetados, desean mamar. Es preciso no dejarse llevar de la esperanza de que se duerman, dándoles el pecho; si sucediese una vez, seria preciso ceder otra, y se perderia así el fruto de su destete, aun cuando el niño no estuviese enfermo. Pero como el niño tiene en estas crisis la boca seca y abrasada, es preciso darle de beber un poco de agua con azúcar; si se hace con discrecion, no se acostumbrará á ello; preferirá su sueño á unas gotas de agua de azucarada.

Un niño comienza por lo general á ser atormentado por el gérmen de los dientes á la edad de cuatro ó cinco meses. Los primeros salen desde los seis á los nueve meses. Sin embargo, hay muchos niños que no los tienen á los catorce meses y aun despues; no hay regla ninguna fija sobre este punto. Los que ordinariamente se presentan primero son los dos incisivos de abajo, despues los dos que corresponden de arriba, en seguida los dos pequeños incisivos de abajo, y por último, los compañeros de arriba. No siguen á esta denticion los demas dientes, y hay un intervalo para descansar. Vienen despues los cuatro pequeños molares, en seguida los cuatro caninos, se ter-

mina la dentición con los otros cuatro molares. Pero muchas veces se invierte este orden.

La dentición es una crisis comunmente peligrosa para un niño, como todas las que debe sufrir. No parece sino que la naturaleza quiere probar sus fuerzas y habituarle al dolor antes de entregarle al trabajo necesario para su existencia.

Muchos niños echan la dentadura sin accidentes; pero no hay ninguno que no sufra dolores. Algunos niños tienen que pasar verdaderas enfermedades y que padecer mucho. La irritación que se fija en las encías por el trabajo de la dentición se estiende muchas veces á sus órganos de la manera mas fatal, y causa enfermedades de la piel, de la cabeza, gravísimos desórdenes del estómago, y hasta un quebranto del sistema nervioso, de mucho peligro. No se fija nunca en estos accidentes la atención que reclaman, y se tranquilizan diciendo: "son los dientes." Verdad es que si rompe el diente desaparece la crisis que ha ocasionado, y habiendo desaparecido la causa del mal, se puede esperar que la naturaleza siempre reparadora hará desaparecer tambien los efectos; pero el diente puede tardar mucho en romper, y el mal que ocasiona puede llegar á ser tal que tenga al pobre niño enfermo y padeciendo. Pienso que es preciso combatir la indisposición causada por la dentición con tanto cuidado como si fuese producida por otra cualquier causa.

Hay niños que mientras dura la dentición caen en un estado de languidez y sufrimiento sin carácter bien marcado, sufriendo una fiebre lenta que les devora, sin que parezcan efecti-

vamente enfermos; quédanse pálidos, flacos, tristes y sin apetito. Este estado es temible, porque el mas mínimo accidente puede hacerle peligroso. No hay otro remedio mas que el tiempo y un régimen bien entendido, y es preciso ver á un médico para que arregle este régimen. Si se habita en una ciudad, es preciso trasladarse al campo, y si no se puede sacar mucho al niño al aire, es preciso al menos distraerle cuanto se pueda.

La educación moral es tan difícil en este estado de cosas como la física. Si para evitar los lamentos del niño se cede á sus exigencias, aumentanse hasta el punto de no poder satisfacerlas, creciendo el apuro en que ya se encontraba. Es preciso prever cuanto se pueda, lo que se ha de conceder al niño para que no perezca que se cede á un capricho suyo. El estado doloroso en que el pobre niño se encuentra, crea mil caprichos en que no se pensaria si estuviese bueno. Es indispensable buscar todos los medios de distraerle del objeto de sus deseos, hacer que lo olvide fijando su atención sobre cualquier cosa que se le pueda conceder sin inconveniente, no mostrarse incomodado por las molestias que cause, y acariciarle mucho cuando vuelva á adquirir su buen humor, y esté dispuesto á jugar.

Hay algunas veces precision de llamar á un médico para que abra la encía con una lanceta, con el fin de que salga un diente que no puede romper, pero no se debe hacer esto sino lo mas tarde posible. Lo que es necesario rechazar absolutamente, es lo que he visto hacer á algunas nodrizas y madres, de dar con la uña

para romper la encía; de esto resulta un gran dolor para el niño, y no se consigue al fin.

Es muy difícil juzgar el momento en que se va á romper un diente; porque no hay regularidad ninguna para ello. Primero se pone encarnada la encía, despues se inflama, cuando está muy adelantado el trabajo de la dentición, se pone blanca y brillante en sus bordes; en fin, cuando el diente está próximo á salir, se ve una mancha negruzca en el sitio mismo en que debe romper. Para asegurarse de si ha roto, porque es cosa que se ve con dificultad, se toca la encía con una cuchara; y el ruido que produce el contacto, es el único medio de asegurarse de que ha salido el diente.

Luego que un niño tiene fuerza bastante para mantenerse sobre sus piernecillas, es preciso acostumbrarle á ello sosteniéndole. Es un error creer que poniendo en el suelo á los niños de poco tiempo se les puede hacer patiestebados, cosa que no puede suceder si se hace de una manera conveniente. Lo que hay de cierto es, que puede ofrecer inconvenientes el uso de los carritos, y de las polleras, donde se pone por lo comun á los niños demasiado tiernos todavia, para desembarazarse de ellos; puede ademas perjudicarles en el pecho y en el estómago, y hasta adquirir una deformidad en su cuerpo. Sin embargo, conviene mucho usar carritos de madera ó de mimbres, pero únicamente cuando el niño tiené fuerza bastante para sostenerse; esto gusta á los niños cuando no se les deja dentro mucho tiempo: con estas condiciones no me opongo á que se usen los carritos. Un niño que esté acostumbrado á andar

por la alfombra á gatas, ó que se le lleva sosteniéndole debajo de los brazos sin andadores, adquiere mucha mas fuerza y esperiencia que el que siempre está en brazos; para andar solos aunque tengan muy poco tiempo no necesitan ni polleras ni carrros.

El niño robusto, se mantiene en pie á los seis ó siete meses y le gusta mucho andar; pero si en esta época se adopta el uso de los andadores con la esperanza de apresurar sus progresos y de librarse de la molestia que causa tenerle siempre en brazos, se retarda el momento en que deberá andar solo. El niño sostenido por los andadores no hace ningun esfuerzo para buscar el equilibrio, lo que le impide aprender á andar mas que la falta de fuerza; por otra parte, como que la persona encargada de sostenerle con andadores tiene un medio cómodo de impedir que se caiga, no se cansará mucho en enseñarle á andar. ¡Cuántas nodrizas y niñeras he visto con el brazo metido en los andadores, ocuparse de todo menos de los cuidados que el niño exige, mientras que el parvulito pendiente de ellos y entregado á sí mismo estaba colgado sin poner los piés á plomo, y lloraba y se chupaba el puño para entretenerse en algo!

Vamos á decir algunas palabras acerca de las caídas de los niños que tanto asustan á sus madres y que sin embargo son poco peligrosas. Para formarse una idea de ello, basta con acurrucarse y dejarse caer, y se verá que apenas se siente la caída: un niño ignora que tiene en sus miembros una blandura extrema que amortigua el golpe, y su peso, todavia poco consi-

derable, aminora el peligro del choque. Si el niño llora, lo hace la mayor parte del tiempo de miedo, sobre todo por el que se le causa viéndole caer. Convendría tener mucha fuerza de ánimo para no conmoverse nunca por la caída de un niño, porque entonces la mayor parte de las veces se levantará sin quejarse, ó si efectivamente se hubiese hecho daño, no llorará mas que por lo que le doliese. Los golpes en la cabeza asustan mucho; pero rara vez son peligrosos: si sin embargo fuese grave la caída, y se temiese que el niño se hubiese resentido interiormente, sería preciso meter sus piernas en agua tan caliente como pueda resistirlo, dejarle allí ocho ó diez minutos, y renovar el baño algunas horas despues, cuidando de que pase bastante tiempo desde que el niño coma hasta que tome el baño. Si se desmayase de resultas de la caída, hubiese adormecimiento, ó estremada agitacion, será preciso llamar á un médico; tal vez sería necesaria la aplicacion de unas sanguijuelas ó una sangría.

Segun crecen los cabellos del niño, conviene descubrirle la cabeza y dejársela desnuda luego que esté bien poblada. El gorro mas ligero basta en verano á un niño de ocho á diez meses si aun no tiene pelo, siendo completamente inútil el gorro por poco pelo que tenga. Sería conveniente que el niño pudiese andar cuando tuviese un año con la cabeza desnuda. Si fuese en invierno, se le podría dejar un gorrito, pero de modo ninguno el año siguiente. Los niños á quienes se acostumbra desde luego á tener la cabeza cubierta, se constipan con facilidad, porque por lo comun tienen demasia-

da calor. La naturaleza indica que la cabeza ha de estar desnuda, puesto que la ha cubierto de cabellos, y esto conviene mucho mas á los niños cuya sangre afluye con facilidad al cerebro.

Se debe conservar á los niños muy pequeños la costumbre de dormir de dia: dos ó tres horas de sueño le aprovechan infinito y proporcionan un rato de descanso á las personas que están al cuidado de ellos. No se tema por esto que no dormirán de noche: lo único que impide á los niños dormir es la agitacion, y uno de sus mas seguros calmantes es el sueño de dia. Antes de acostarlos se les puede dar una comida ligera y de este modo se les irá preparando para el destete. Los niños á quienes hay precision de darles el pecho para dormirlos, son mucho mas dificiles de destetar.

No puede fijarse la época del destete porque está subordinada á muchas circunstancias, de las que la denticion es una de las principales. Creo que no se debe destetar un niño hasta que tiene los dientes mas dificiles de romper, cuales son los colmillos. Sin embargo, hay niños tan tardíos que sería difícil esperar esta época; entonces se elegirá un momento de descanso. Pienso en general que el momento conveniente es cuando el niño tiene de doce á quince meses: los niños andan por lo comun á esta edad, tienen fuerza, comen bien y pueden distraerse. En Inglaterra y aun en Normandía, se desteta á los niños á los seis ó siete meses; me parece que esto es contra el orden natural y no aconsejaré que se siga este ejemplo. Las labradoras del Poitou, dan de mamar á sus

hijos hasta que tienen dos y aun tres años: creo que esto es absolutamente inútil al niño y perjudicial á la madre.

Es preciso no destetar á un niño de una manera brusca, sino por grados, retardando cada vez mas la hora en que el niño debe mamar y aumentando el número de sus demas comidas: de este modo se llega á no dar el pecho mas que tres veces cada 24 horas; se sigue así unos quince dias; despues se suprime el pecho del mediodia: se dejan pasar así otros quince dias, y por último, se llega á no darle mas que una vez al dia por espacio de otros quince; al fin se pasan dos dias sin darle de mamar hasta que se concluye por no darle nada. Un niño destetado de este modo no padecerá nada con el destete, y no incomodará á la madre la escésiva abundancia de leche: si tiene mucha, le bastará guardar un poco de dieta por espacio de los dos ó tres dias que precedan y sigan al en que dé el pecho una sola vez al dia: los órganos que producen la leche perderán poco á poco su actividad por la innacion, y la naturaleza se dispondrá á restablecer en la salud de las mugeres cierto equilibrio generalmente interrumpido por la lactancia y destetarán sin ninguna incomodidad. Ademas, se atribuyen á la leche muchos accidentes que no la pertenecen; es un absurdo decir que las mugeres tienen leche en la cabeza, en el vientre, en una pierna, en un brazo: ninguna muger tiene leche mas que en los pechos.

Si no se sigue esta marcha y se desteta al niño de repente, tendrá que sufrir la madre cargazon en los pechos lo mismo que la que

produce la subida de la leche. El cambio súbito de alimento causa en primer lugar al niño alguna privacion; despues, como que su estómago no recibe los alimentos á que estaba acostumbrado, tiene necesidad de un trabajo diferente que le cansa, y como no es posible efectuar el destete sin separar al niño de la madre, sufre tanto con esta separacion como con la privacion de su leche.

Hay niños tan envidados en el pecho que es muy difícil destetarlos. No parece sino que les arrastra un instinto natural que les hace sentir su necesidad; en este caso seria preciso prolongar la lactancia. Cuando es invierno y el frio no permite salir á la calle, es mejor aguardar una estacion mas favorable. El destete es muy molesto y hasta peligroso para los niños con quienes no se ha guardado regla ninguna para mamar, ó que lo han hecho á cada momento. Este abuso puede producir fatales resultados; y para evitarlos bastará seguir en la lactancia con discernimiento el orden y la regularidad que acabo de indicar.

Muchos niños contraen desde la cuna costumbres muy difíciles de estirpar; tales son la de mamarse un dedo, sobre todo el pulgar, chuparse la ropa ó la lengua, y tirarse del primer mechoncito de pelo que les caiga sobre la frente; se debe poner mucho cuidado en evitar que contraigan estos hábitos, porque la succion fatiga mucho á los niños, y los enerva por el esceso de la salivacion que provoca. Estos hábitos les hacen mediabundos y tristes por la preocupacion que causan. Otros niños toman la costumbre, ó mejor dicho, la manía de mor-

der primero el pecho de su madre, despues las manos y las mejillas de otros niños aparentando querer acariciarlos. Es preciso emplear en estos casos la pena del Talion y morderlos casi tan fuerte como ellos mordieron. Otros anuncian una gran disposicion á levantar la mano, y aunque esto no sea al principio mas que una especie de manía, llega á ser un defecto grave que lleva consigo las mas fatales consecuencias y no puede ser considerado como los otros hábitos de que acabo de hablar; es preciso tener entendido que un niño de pecho tiene defectos que reformar; que nada está demas para combatirlos, y que habrá mas seguridad de vencerlos atacándolos desde su origen, antes que hayan echado profundas raices que despues seria imposible desterrar. “Encuentro, dice Plutarco, que nuestros mayores vicios proceden desde la mas tierna infancia, y que nuestras nodrizas tienen en sus manos la facultad de dirigirnos bien ó mal.—La educacion de los primeros años es el molde que prepara y caracteriza al hombre, esta primera operacion interesa á la sociedad entera y á cada familia en particular.”

Causa risa, se mira como una gracia, que un niño que no tiene mas que siete ú ocho meses castigue á su niñera ó á su madre; resultando que alentado por esta tolerancia, se cree en el derecho de castigar á todo el mundo y usa de él para manifestar su voluntad. ¡Cuántas y cuántas tristes consecuencias proceden de esta fatal manera de hacerse obedecer! Si le sufris, haréis que vuestro hijo sea un déspota para todos lo que despues estén bajo de su dominio. Es pre-

ciso persuadirse que un niño no ignora lo que valen sus golpes; sabe muy bien que no es el daño que causa lo que hace ceder á su voluntad á la persona que castiga; pero le sirve para juzgar del poder moral que tiene viendo que se le toleran tan débiles señales de su fuerza. El germen innato de la dominacion se desarrolla, se hace indestructible; y despues el hombre usa de la fuerza fisica con la misma facilidad, pero no con la misma incapacidad que cuando era niño. Querreis entonces contener aquel espíritu dominador y hostil; pero no hareis mas que cubrir un volcan con cenizas que las arrojará lejos de sí luego que dejeis de contenerle. Deduzco de estas consideraciones que el niño que castiga, debe ser castigado, y que es preciso absolutamente destruir este hábito desde su origen.

Tambien los niños pequeños se ponen coléricos y muchas veces con tanta violencia, que les causa congestiones cerebrales y convulsiones. En seguida que se ve que va á estallar la cólera de un niño, es preciso conservar una calma perfecta y reirse delante de él para hacerle pensar que causa lástima; si amenaza y quiere castigar, deben cogérsele las manos y sujetárselas con fuerza, para manifestarle su impotencia; si no anda solo, sentarle en una alfombra y dejarle que se arrastre cuanto quiera; en fin, si no cede la cólera, tomar un poco de agua fria y echársela al rostro; algunas veces bastan unas gotas para tranquilizarle y avergonzarle del estado en que se encontraba. No es dejeis arrabatar de la misma violencia que él; porque entonces le dariais el ejemplo del vicio que queriais corregir; si no podeis dominaros, exagerad

el estado en que estais; hacelle ver toda su fealdad, tomad sus juguetes y rompédse los, y como que recaerán sobre él las consecuencias de su travesura, conocerá todo lo que tiene de penoso y de repugnante.

Otros niños se atufan y consienten en no tomar las cosas que mas quieren antes que ceder de su enfado. Creo que el único partido que puede tomarse en este caso, es abandonarles enteramente y no volver á hacer caso de la razon que les ha hecho enfadarse, no volver á ocuparse de ellos, persuadiéndolos así que para nada se les necesita, y que para ellos solos será el mal del enfado. ¡Cuidado con hacer la menor demostracion directa ó indirecta de contentarlos! lo que sobre todo quieren los niños es que se les suplique y que se ocupen de ellos. Pero cuando se vienen á buenas, es preciso acogerlos con sencillez y bondad, sin hacerles conocer que se les ha obligado á capitular; porque para venirse á la razon han debido hacer un gran sacrificio de amor propio y se debe evitar extinguir en ellos este poderoso móvil: cuando el amor propio se dirige al deseo de obrar bien, de hacerse amar y de agradar á los que nos redean, es muy bueno; pero si este sentimiento va dirigido como muchas veces sucede, sobre todo, en los establecimientos públicos destinados á la educacion, al único deseo de esceder á los demas y de humillar á los otros, de lo que nacen despues tantos ambiciosos y presuntuosos, es entonces el amor propio un gran defecto. Por el contrario, bien dirigido, como ya he dicho, puede producir los mas felices resultados y conviene á la dignidad del hombre.

Otros niños emplean las caricias ó una especie de halagos fingidos para obtener lo que quieren.

Nadie podrá negar que casi todos los defectos que se manifiestan en los niños, proceden de una facultad indispensable al hombre, y sin la que serian nulas las demas, la voluntad. El abuso de su aplicacion, es lo que origina la mayor parte de los defectos á que se inclinan desde la cuna. A contenerle en el círculo de la razon y de los deberes, es á lo que es preciso aplicarse sin rebajar al niño. Para esto es preciso que no sienta nunca mas que el yugo de la razon ó de la necesidad, y no el de la voluntad arbitraria de los que le dirigen; dificultad inmensa para ellos. ¿Dónde se encontrará en medio de este dédalo de combinaciones sociales el camino natural y razonable que se ha de seguir?

Cuando los niños emplean las caricias para que se les deje hacer su gusto, es mucho mas difícil defenderse de este género de imperio que del de la violencia. Sin embargo, es preciso no abandonarse á él; los que adulan son mas comunes que los que mandan, y mas de temer todavia, porque son mas pérfidos. Se deberá corresponder á las caricias del niño, devolvérselas con efusion, pero persistir en la negativa si estas caricias tienen por objeto obtener una cosa que ya se hubiese negado; sobre todo, conviene no dejarle ver que se ha penetrado su astucia, porque debe pensar que únicamente se atribuye á la verdad los sentimientos de su corazon y las caricias que prodiga.

No debo omitir tratar de la cuestion del mie-

do: comunmente no le conocen los niños mas que por el mal ejemplo ó porque se les ha hecho nacer la idea de él; así pues se debe evitar todo lo que pueda producir este resultado. Los niños temen mucho por lo general á la oscuridad. Es preciso hacer que no se les ocurra la idea de asustarse, y para ello se les debe conducir á sitios oscuros, enseñarles á andar sin vacilar y sin temor, únicamente con las precauciones necesarias para no tropezar; conservar mientras que se encuentran allí la misma alegría, continuar la misma conversacion principiada, y aparentar que no hay diferencia ninguna entre la luz y la oscuridad; seria preciso, por último, que los niños no supiesen lo que significa la palabra miedo y que no se pronunciase jamás en presencia suya. No haya cuidado de hacerlos temerarios, porque la falta del miedo no escluye la prudencia; por el contrario, un niño que no sea miedoso, verá mejor el peligro, pues conservará su calma y el instinto de la conservacion, innato en el hombre, le enseñará suficientemente é resguardarse del verdadero peligro. Cuando cualquier objeto asuste á un niño, es preciso aproximarle á él, tocar él mismo y hacérsele tocar. Si es un animal, acariciarle, si es un ruido violento, el trueno por ejemplo, mostrar que no está uno conmovido y hablar de él como de una cosa natural á que es preciso habituarse.

Creo que se hace mal en dejar que los niños hablen un lenguaje distinto del que deben hablar siempre, sea en la esperanza de apresurar el momento en que han de hablar, sea porque en ello se encuentra una especie de gracia.

Pueden con esto adquirir vicios de pronunciacion que les seria muy dificil corregir en lo sucesivo. Cuando se sirven de palabras inventadas por ellos no piensan en decir otras, y hasta les parece inútil aprender dos lenguajes: así pues, lejos de apresurar, se retardará mucho el momento en que deben hablar claro; y lo que al principio parecia una gracia en su boca, es insípido y desagradable cuando son mayores. Lejos de tener gracia este lenguaje, se hace pesado y ridículo porque no es natural. Todo es poco para enseñar á hablar correctamente á los niños.

Réstame decir algo acerca de las nodrizas. El mejor medio de reemplazar á la lactancia de la madre, es sin contradiccion tomar lo que se llama una nodriza para dentro de casa. Esta costumbre tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La primera condicion es encontrar una nodriza sana y robusta, de buena índole, aseada y dócil.

Es preciso acostumbrarla desde el principio á gobernarse segun sus sanas indicaciones y no segun sus hábitos ó preocupaciones; es preciso al mismo tiempo tratarla con dulzura, hablarla con bondad, y sobre todo, no enfadarse visiblemente con ella por su torpeza ó ignorancia. Es necesario que esté el mayor tiempo posible en la casa aunque sin permitir la demasiada intimidad con la familia. Esta posicion es embarazosa, pero es una consecuencia inevitable de tener nodrizas. Se debe cuidar sobre todo que no se fastidie y que eche de menos su domicilio. Las distracciones tal vez no producen buen resultado y pudieran separarla de sus deberes.

El mejor medio es hacerla trabajar, porque el ejercicio es mas útil que el reposo. Es preciso que lejos de dejarse servir por los criados, divida con ellos los quehaceres de la casa. Que no prevalezca nunca su voluntad sobre la de la madre, que no esté sola si es posible, y que esté continuamente vigilada. Imposible seria para una madre descansar confiando á una estraña los cuidados que su hijo reclama; sino recibe su leche, necesita siempre su vigilancia, su ternura y su proteccion.

Es una cosa muy mal hecha colmar á una nodriza de regalos mientras dura la lactancia. De este modo se escita su codicia y es de temer que sus cuidados no sean proporcionados á los presentes que espera como una cosa que se la debe. Los deseos inútiles desde que están satisfechos, hacen nacer otros; y la exigencia y la avidez se aumentan á medida que el celo se disminuye.

Conviene que la nodriza duerma en la habitacion misma de la madre, ó al menos en una pieza muy inmediata para que pueda vigilarla incesantemente; sobre todo, se la debe prohibir acostar el niño con ella. Si infringiese esta prohibicion, se llevará la madre el niño á su habitacion y obligará á la nodriza á levantarse por la noche para cuidarle; pronto se cansaria de estas consecuencias y no se espondria mas á ellas.

Tambien debe vigilarse el alimento de las nodrizas. Las campesinas no están acostumbradas al régimen sustancial de las personas de las ciudades. Como que la mejor calidad de los manjares escita su apetito, comen con exceso y su salud no tarda en resentirse. Por lo gene-

ral las nodrizas en la casa engruesan ó enflaquecen pronto; y uno y otro caso es un indicio de la alteracion de su leche. El medio de evitar este inconveniente es alejarlas lo menos posible de su vida ordinaria, de su régimen y de su trabajo habituales.

Los presentes y las recompensas deben guardarse para cuando concluya la lactancia. Este es el momento en que, volviendo la nodriza á su familia, le son provechosas las liberalidades que antes no necesitaba. Aun despues de esta época se debe continuar en buenas relaciones con ella: cuando un niño llega á ser hombre, no debe olvidar aquella cuya leche recibió, y la mejor recompensa que una buena nodriza puede tener de sus cuidados, es un cariño duradero de su hijo. La madre, lejos de tener celos de este cariño añadirá su propio reconocimiento y animará con su ejemplo este sentimiento loable y bien merecido.

Creo que los principios que acabo de esponer son muy importantes y deben servir de base á los que despues completan la educacion de los niños. Grandes dificultades ofrecen para su aplicacion; y para no sucumbir á ellas nunca, es preciso ser constantemente justos, razonables y dueños de sí mismos. ¿Dónde se encontrarán estas virtudes reunidas?... Hagamos lo posible por aproximarnos á ellas, y que su estudio sea el objeto habitual de nuestras reflexiones porque la tarea de educar á los hombres, es evidentemente la mas bella, la mas noble la mas útil, pero tambien la mas dificil de todas.

Traducido del frances por D. VICENTE GARCIA VERDUGO.

